

DOCUMENTACIÓN PARA EL  
EXPEDIENTE DE DECLARACIÓN DE  
LA ALPUJARRA COMO B.I.C. CON  
CATEGORÍA DE  
ZONA PATRIMONIAL



## 3. DESCRIPCIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES

## 4. Espacios de cultivo

El complejo sistema de aprovechamiento hidráulico que se ha desarrollado en la Alpujarra durante siglos tiene como función principal el abastecimiento humano y posibilitar una agricultura de regadío que de sustento a las comunidades locales. Aunque existen datos arqueológicos que demuestran que durante época romana ya se desarrolló una agricultura en determinadas zonas de la Alpujarra, ésta era esencialmente agricultura de secano, que tuvo lugar sobre todo en las zonas bajas y poco accidentadas de la sierra (Trillo, 1999), como por ejemplo en el valle del Guadalfeo. No cabe duda de que la agricultura de regadío, originaria de la que hoy en día se practica, se desarrolló en época andalusí. Fue la ingeniería árabe la que consiguió desarrollar sistemas de regadío que permitieran hacer cultivables zonas áridas de ladera, así como un sistema de terrazas para lograr espacios llanos aptos para la labor. Actualmente estos dos logros culturales y medioambientales, son los que hacen posible la actividad agraria alpujarreña, y ésta a su vez es la que constituye el elemento cualificador del paisaje por excelencia.

El aterrazamiento de la ladera sur de Sierra Nevada con fines agrícolas es sin duda el elemento antrópico más destacable de la Alpujarra. Éste tiene lugar en la zona media de la montaña, justo por debajo de las cotas a partir de las cuales se hace posible la agricultura. Las cumbres de la sierra presentan más dificultades a la hora de ser antropizadas, debido a sus duras condiciones. En ellas abundan los pinares, los robledales, y la vegetación natural, y sólo en algunos momentos históricos el hombre ha conseguido establecer espacios de cultivos a dichas altitudes. No pocos vecinos de la Alpujarra recuerdan la vida en los cortijos de la sierra, pastoreando y estudiando el momento adecuado para sembrar el cereal justo antes de las nevadas, con vistas a que entraran en su fase de crecimiento después del deshielo. Sin embargo actualmente la actividad agrícola se circunscribe a las alturas más benignas que permiten una actividad más segura y continua.

El aterrazamiento de la ladera comienza justo por debajo de la mancha forestal de las cumbres, y se extiende casi hasta el fondo de los valles del Guadalfeo, del río Chico, del Poqueira, etc. Los bancales de cultivo se dispersan por toda la ladera conviviendo con zonas dedicadas a otros usos igualmente importantes en la sierra: el pastoreo y la recolección y uso de la foresta. Las zonas de pasto están

dedicadas al ganado, y tienen una estrecha relación con el careo de las aguas. Los pastores se encargan de carear agua durante el invierno en determinadas zonas para que, a la llegada del verano, tengan pastos en abundancia para sus animales. Por otra parte el suelo forestal, que podría parecer que tiene un grado de antropización menor, tiene un importante papel para las comunidades locales, ya que de estas zonas se extraían bienes de gran importancia para la vida serrana como pueden ser leña para el fuego, plantas aromáticas y medicinales, piedra para la construcción, etc. y además era el escenario de actividades como la caza, muy importante en la dieta local. Por tanto, si bien el aterrazamiento agrícola es el elemento fundamental en el paisaje alpujarreño, éste no se presenta aislado, sino que se integra con otros usos de la montaña que hacen que su gestión sea aún más interesante y compleja.

El valor antropológico de esta obra de ingeniería agrícola es incalculable. Han sido necesarios siglos de ocupación hasta que se han puesto en regadío incluso los últimos rincones de la sierra, a la vez que un conocimiento amplio en el manejo de pendientes, en la construcción de bancales, en la arquitectura de piedra seca, etc. Este legado paisajístico es uno de los mayores tesoros que ofrece la Alpujarra, y su función no es otra que hacer posible la agricultura.

El bancale o la parata, es el término local para designar a cada una de estas terrazas de cultivo. Su extensión es muy variable, ya que depende de la inclinación del terreno: los escalones en una ladera muy inclinada son estrechos, mientras que en zonas más suaves pueden ser mucho más anchos. En cualquier caso, y a partir de los datos extraídos de los Libros de Apeos tras la expulsión de los moriscos, se sabe que las explotaciones eran minifundistas, con superficies inferiores a las 15 o 20 Has, que normalmente estaban repartidas en varios bancales. Para su construcción, es necesario generar superficie llana gracias a grandes desmontes, quedando los taludes en la parte posterior de la parcela; de esta operación surge un escalón en la ladera, en cuyo suelo plano es posible cultivar. Los bancales requieren de muros de piedra seca que los contengan, realizados con mampostería de medio tamaño trabada con ripios, los cuales no suelen llevar argamasa para lograr una mejor adaptación a los pequeños movimientos del terreno, y también para permitir la salida del agua de riego, que de no tener salida podría reventar el muro. Para dar consistencia a estos muros es frecuente el uso de vegetación de



gran porte en los bordes de la parata, con objeto de que las raíces sirvan como sujeción de la tierra.

En la superficie de cada uno de estos bancales es donde se cultiva, y cada uno tiene una acequia asignada que le proporciona el riego. La organización de los cultivos en parata no es aleatoria, y desde época medieval existe un modelo tradicional bastante extendido. Si bien es cierto que los cultivos han ido variando a lo largo de los siglos, la distribución en la parcela se ha mantenido casi intacta, especialmente porque ésta está diseñada para que la vegetación ayude al mantenimiento de la propia parata. Para ello los árboles de gran porte suelen ubicarse en los bordes de la parata, que son las zonas más inestables; las raíces consiguen sujetar la tierra formando un bloque compacto de gran estabilidad. Los olivos, morales y cerezos, suelen ubicarse en el borde de la parata, mientras que los nogales, castaños e higueras se ubican en la parte trasera de la misma, justo donde termina el balate de la parata superior. El interior de la parata es la zona más estable y por tanto se dedica a las plantas menos robustas. Las hortalizas, cereales y algunos árboles de menor tamaño (almendros, ciruelos, naranjos), se distribuyen por el centro de la parcela, donde las labores son más sencillas de realizar.

A pesar de la aparente uniformidad de los espacios de cultivo, las comunidades locales son capaces de encontrar diferencias notables entre unos lugares y otros. En este sentido, el espacio irrigado de cada pueblo se divide en zona de sierra y zona de vega: la primera se encuentra en la parte alta del término municipal, justo por debajo de las masas forestales de las cumbres; su derecho al uso del agua es distinto al de la vega, y los cultivos más habituales son árboles frutales,

robles, encinas, etc. capaces de soportar las condiciones de esas cotas. La vega en cambio se sitúa en las proximidades de los pueblos, y se dedican al cultivo de frutales, hortalizas y otros productos más frágiles, que en la sierra no podrían crecer. La altitud marca condiciones climáticas distintas de manera muy radical, de forma que una diferencia de cota de 50 metros puede marcar la diferencia entre que nieve o no; esto es bien sabido por los agricultores locales, que conocen las alturas que permiten unos cultivos u otros.

Las zonas de vega son espacios especialmente interesantes, tanto a nivel de gestión como paisajístico. En la vega el parcelario es algo más pequeño que en la sierra, y los bancales se convierten en pequeños vergeles capaces de producir un sinfín de frutas, verduras, hortalizas, etc. Los pueblos quedan de esta manera rodeados por espacios de cultivos aterrizados de gran valor agrícola, paisajístico y etnológico. Algunas zonas de cultivos aterrizados merecen una especial mención. Los de Fondales y Alcútar suponen de los mejores ejemplos de cultivos aterrizados en la Alpujarra, tanto por su buen estado de conservación, como por que en ellos se sigue manteniendo la actividad agrícola. En el Barranco del Poqueira, estas zonas son mucho más llamativas debido a que la cercanía entre los pueblos hace que sus zonas aterrizadas se unan, creando una vega de grandes dimensiones y completamente escalonada. En el otro extremo del ámbito de la Zona Patrimonial, el Barranco de Ohanes es un magnífico ejemplo de cómo, tras la expulsión de los moriscos, los cultivos se adaptaron a los nuevos ocupantes, con un gran crecimiento del terreno dedicado a la vid, que llegó a ser mayoritario en gran parte de La Alpujarra.



## 5. Espacios de Producción y Transformación

La agricultura y la ganadería son las estrategias de subsistencia que a lo largo de la historia han empleado las comunidades alpujarreñas para garantizar su supervivencia. Éstas además han generado un modelado del paisaje de gran valor patrimonial. Con el paso de los siglos, estas estrategias se han ido afinando alcanzando un alto nivel de complejidad, tanto en su ejecución como en los beneficios derivados de ellas, así como en la generación de nuevas estrategias derivadas y oficios nuevos. En muchos casos las materias primas obtenidas del campo o del ganado, requerían de un proceso de transformación hasta que estaban preparadas para el consumo humano, lo cual ha dado lugar a todo un cúmulo de conocimientos, prácticas e infraestructuras dedicadas a este propósito. La transformación de productos primarios, así como la elaboración de alimentos básicos es, sin duda, una de las claves necesarias para garantizar la supervivencia de los grupos humanos, y en el caso de la Alpujarra estos procesos llegaron a tener un alto grado de desarrollo, lo cual ha dejado una impronta muy clara incluso en el paisaje, a través de ciertos elementos antrópicos que ilustran perfectamente cómo tenían lugar dichos procesos en la sierra.

El elemento más importante dentro de las infraestructuras de producción y transformación son los cortijos. Se encuentran diseminados por toda la Alpujarra, y constituyen el icono de la vida serrana. Los cortijos encarnan la relación más directa entre el hombre y el medio: aislados y lejanos de los núcleos de población, habitados por familias cuyo sustento dependía únicamente de su trabajo y de su capacidad para adaptarse a los condicionantes que les imponía la montaña. La vida cortijera era la manera más radical de campesinado, que requería un alto conocimiento del entorno natural, de agricultura, de ganadería, de elaboración y tratamiento de alimentos primarios, de obtención de agua, etc. Este modo de vida ha sido la tónica de numerosas familias alpujarreñas que vivían en la sierra durante todo el año, y bajaban al pueblo sólo los días de mercado, a intercambiar productos, ganado, cultivos, etc. Muchos vecinos de la Alpujarra aún recuerdan sus años en los cortijos de la sierra:

“Allí vivíamos la familia entera: mi padre y mi madre, mis tres hermanas y mis dos hermanos. Éramos bastantes, pero teníamos para vivir bien. Eso sí, trabajábamos

todo el día, que si ordeñar las cabras, que si recoger trigo, que si ir a por agua,... entonces no había tanta máquina como ahora. Lo peor era el frío del invierno; nuestro cortijo estaba alto y la nieve llegaba hasta allí todos los inviernos. A veces nos quedábamos semanas sin poder salir... Ya cuando mis padres se pusieron mayores dejaron el cortijo y se vinieron a vivir al pueblo... aquella vida es muy dura...”

Antonio (1935). Entrevista realizada en Busquístar el 24/06/2013.

Los cortijos por tanto eran unidades productivas autosuficientes, diseñados para la realización de numerosas tareas agrarias y ganaderas. Poseían una zona de carácter doméstico, donde se realizaban las actividades cotidianas de la familia y donde se encontraba el “fuego”, es decir, la cocina, espacio fundamental de reunión del núcleo familiar. Alrededor de este espacio central, se encontraban diferentes espacios de carácter productivo o de almacenaje, que eran dedicados a guardar el ganado, almacenar la cosecha, elaborar quesos, etc. Además del inmueble como tal, los cortijos poseían en muchos casos una extensión de tierra que le pertenecía, y en la que se cultivaban cereales, patatas serranas, etc. A menudo un curso de agua natural pasaba por las cercanías del cortijo, con lo cual, éste poseía todos los elementos necesarios para la vida autosuficiente.

La construcción de los mismos responde a los cánones autóctonos de la arquitectura alpujarreña. Se emplean materiales del terreno, como launa para los tejados, lajas de pizarra para los muros, rollizos de madera para los forjados, piedra seca para los corrales del ganado, etc. Gracias a ello los cortijos se integran de manera armónica con el paisaje. Representan toda una manera de entender la relación con el medio, y su estética, sensible y acorde con el entorno, responde a esa filosofía del respeto. Por tanto aunque son elementos antrópicos logran mimetizarse con el medio natural de forma orgánica.

A menudo los cortijos poseían infraestructuras asociadas para la transformación de las materias primas y alimentos que ellos mismos generaban. Existen numerosos casos en los que el cortijo albergaba en su interior piedras para la molturación de cereales, o incluso tenían en sus inmediaciones alguna era de trilla para la obtención del grano. Las eras de trilla son especialmente importantes en la Alpujarra, ya que son buena muestra de la importancia que el cultivo del cereal







ha tenido en la historia de la región. Dada su importancia para la obtención del grano, son elementos muy frecuentes en el paisaje, tanto asociados a los cortijos como a los núcleos de población, donde generalmente han existido eras de propiedad comunal, es decir, que podían ser usadas por todos los miembros de la comunidad de forma gratuita. Conocidas como Eras del Común, su función era asegurar que incluso las familias con menos recursos tuvieran grano, pues de él dependía la dieta básica alpujarreña. Además existían eras privadas repartidas por todo el pueblo, en las fincas de particulares que las necesitaban para su labor. El resultado es un gran número de eras dispersas por el territorio a modo de pequeñas huellas humanas de un gran valor etnológico y estético.

Las eras son construcciones elevadas de planta circular, cuya parte superior es totalmente plana. Están construidas sobre pequeños montículos de tierra, que son sujetados por todos los flancos con piedra del lugar, especialmente por la parte superior, quedando la era recubierta de un mampuesto de piedras planas. Su ubicación en las zonas más altas y expuestas, se debe a que necesita recibir abundantes corrientes de aire para la actividad que en ellas se realiza. Tras la cosecha del cereal, era necesario separar el grano de las espigas que lo contenían. Para ello la mies segada en el campo, se llevaba hasta las eras donde se esparcía por su superficie. Una vez seca comenzaba la trilla o la parva, que consistía en pasar por encima de la mies con un aparato denominado trillo que era tirado por una bestia, haciendo círculos sobre la era de forma continua para triturar la mies. El resultado era que los granos de cereal eran separados de la paja y espigas. A continuación era necesario separar todos los elementos, para lo cual se empleaba la energía eólica. Los agricultores lanzaban al aire la mezcla y el viento que corría intermitente en las eras separaba el grano de lo demás: este proceso se denominaba aventado. Llegados a este punto, se recogían los productos: la paja y restos de planta eran usados como forraje para alimentar al ganado; el grano se almacenaba en las viviendas, para después durante el año llevarlo al molino para convertirlo en harina de la que poder hacer pan y otros alimentos básicos.

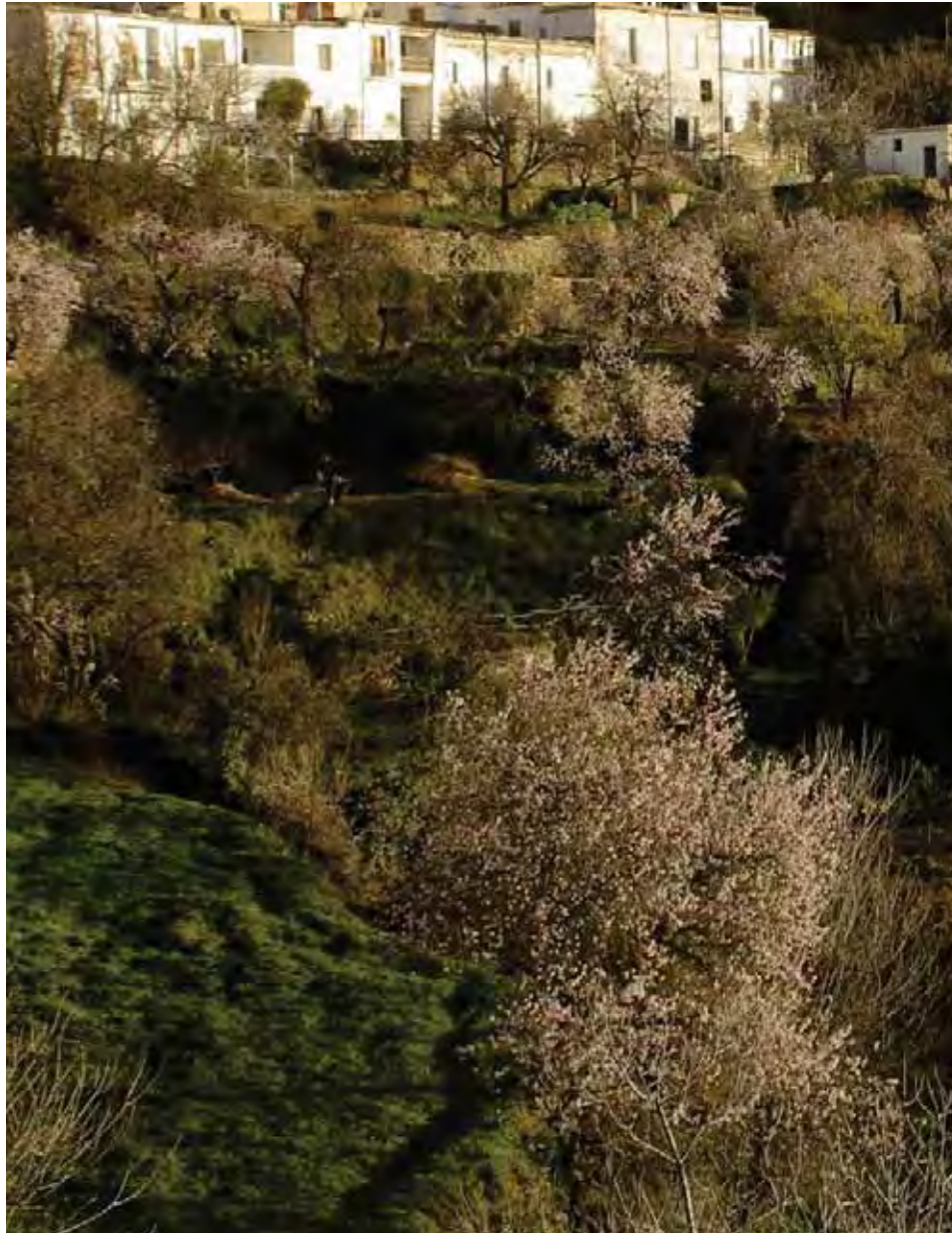
La actividad que se realizaba en las eras tenía una relevancia social importante. Primero porque suponía la última fase de la cosecha, y eso era motivo de júbilo. Segundo porque el trabajo de la trilla requería de la ayuda mutua entre los vecinos que empleaban un sistema de reciprocidad de gran interés antropológico.

El resultado era que a pesar de lo duro del trabajo, en las eras había una intensa actividad de bestias y personas, trillando, aventando o ensacando grano, todo con una gran presteza pues la era debía quedar limpia para el siguiente agricultor; durante los trabajos era frecuente que se cantaran canciones populares, y que se consumieran alimentos específicos para refrescar a los hombres y darles energía, como es el caso del gazpacho de segadores, que aún preparan algunas personas en la Alpujarra. Incluso era frecuente que al término de la trilla se hicieran fiestas en el pueblo para celebrar que se había terminado la cosecha y que se tenía asegurado el sustento para el año siguiente; en algunos pueblos como Pórtugos, aún se celebra la Fiesta de la Parva. Por tanto, el valor etnológico de las eras no sólo radica en su ejecución con materiales autóctonos, si no también en que son el testimonio vivo de aquellas escenas populares que el desarrollo tecnológico ha dejado en el olvido.

Una vez la trilla había concluido, era el momento de la molienda, otro de los procesos de transformación de alimentos de mayor importancia. Era necesaria para obtener harina, aceite, papel, y numerosos productos, lo que explica la enorme cantidad de molinos que aún en la actualidad existen en la Alpujarra. Los molinos pueden ser de muy diferentes tipologías, dependiendo de la labor que realizan. Los más habituales son los molinos de harina, que son accionados mediante la energía hidráulica. Por ello siempre se encuentran ubicados cerca de barrancos, arroyos o acequias, tal y como se detalla en el epígrafe relativo a la “Gestión del agua”, por lo que en este epígrafe solo se trata sobre el proceso de molienda. Ésta se realizaba gracias a la fricción entre dos piedras circulares que giraban una sobre la otra. La piedra superior, denominada volandera, giraba sobre la inferior o solera, gracias a un eje que la conectaba con el rodezno situado en la parte baja del molino; el agua hacía girar el rodezno y éste a su vez transmitía el giro a la volandera (Reyes, 2006). Mediante una tolva el grano caía al interior de las piedras y el giro lo hacía avanzar hacia el exterior a medida que era molido. Por lo general el precio del molido se pagaba en especie, es decir parte del grano que llevaba la familia era para el molinero por moler el resto; era la maquila.

Otro tipo de molino de gran importancia en la Alpujarra ha sido el molino de aceite o almazara. Constructivamente eran muy similares a los molinos hidráuli-

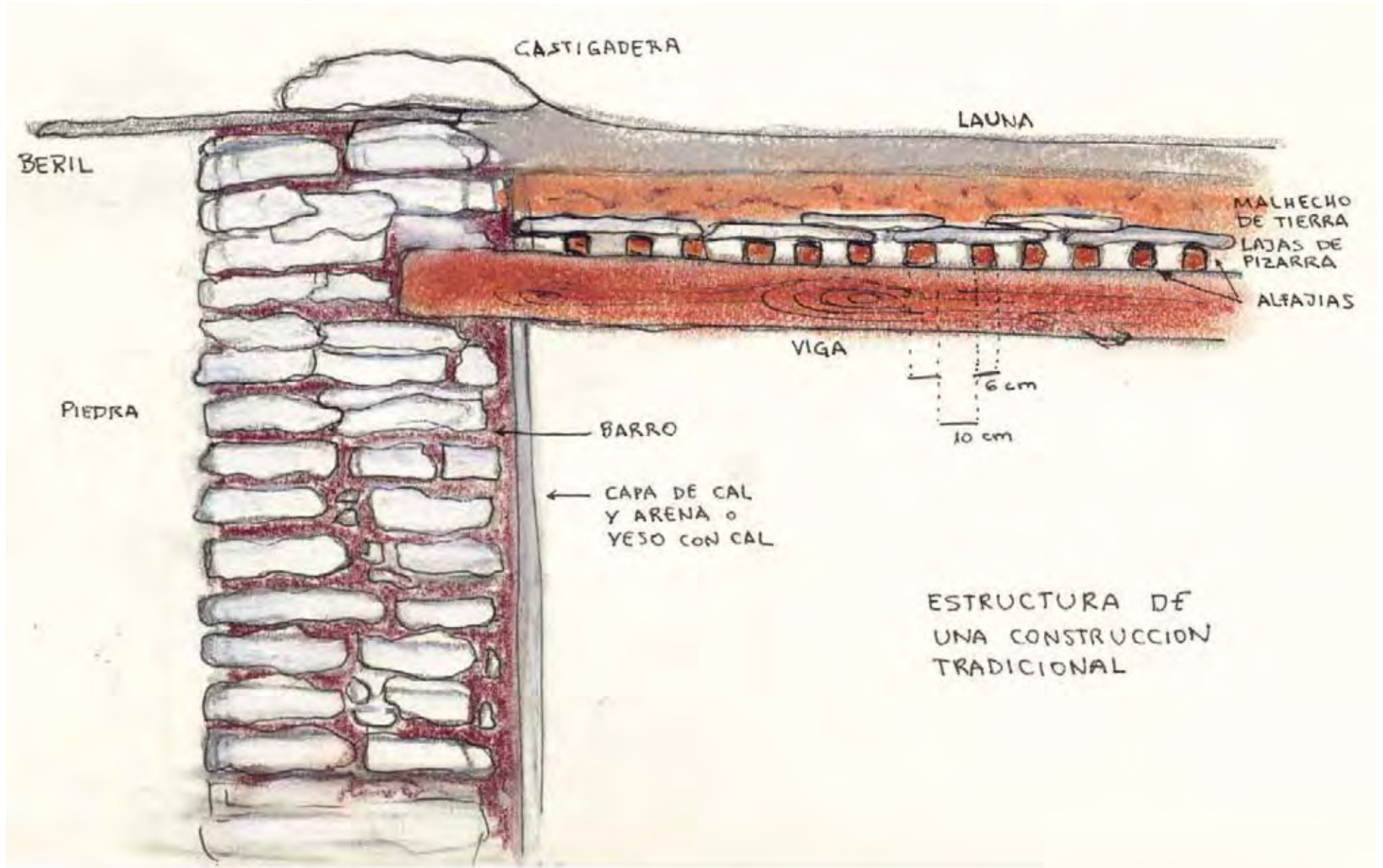




cos aunque la energía motriz que empleaban no era la hidráulica, si no la de los animales, motivo por el cual se denominaban molinos de sangre. Su función era moler la aceituna para extraer el aceite, y para ello contaba con varias zonas. La principal era la zona de molienda donde existía una piedra solera sobre la que giraban varias piedras volanderas con forma cónica, que se encontraban emparejadas. El animal giraba alrededor de la piedra empujando una pértiga que hacía girar las piedras volanderas. La aceituna caía al espacio de molienda a través de una tolva y era molida durante unos treinta minutos. Después la pasta resultante conocida como orujo, era prensada mediante el peso de una enorme viga de madera, con el objeto de que el aceite se separase del resto de la pasta. Finalmente se almacenaba en cántaras.

Aunque este es el tipo de almazara más tradicional, a lo largo de los años se han introducido modificaciones y mejoras técnicas que han dado lugar a nuevos tipos de molinos. Desde el uso de otros tipos de prensas más eficientes, hasta el empleo de energía eléctrica a partir del primer tercio del siglo XX, las modificaciones han sido incesantes hasta el abandono total de las pequeñas almazaras locales, entre los años 1960 y 1970. En cualquier caso los edificios exteriormente siempre han estado construidos de acuerdo a la forma tradicional alpujarreña, y sólo en su interior tenían lugar las pequeñas innovaciones técnicas.

El aceite, al igual que el trigo, constituye uno de los alimentos básicos de la dieta mediterránea, y por ende, alpujarreña. Pan y aceite son básicos en la dieta de las comunidades locales, incluso desde época romana. Si bien los molinos hidráulicos parecen tener una procedencia árabe bastante clara (Cara, 1999), en cambio las almazaras podrían haber conservado mucho más su configuración de época romana. En cualquier caso se trata de dos elementos de una relevancia histórica y tecnológica en la región. Son fundamentales para entender los procesos agrícolas que sostenían a las poblaciones locales, la dieta que seguían, la organización del trabajo, etc. Los molinos y almazaras, al igual que otros espacios productivos o de transformación como los cortijos, se encuentran diseminados por toda la Alpujarra, especialmente en las cercanías de los núcleos de población. Su tipología constructiva hace que se integren perfectamente en el paisaje, dotándolo de una componente antrópica de gran interés.



## 6. Arquitectura vernácula doméstica y ganadera

La arquitectura alpujarreña es uno de los elementos más característicos de la región. Su singularidad la hace casi única en el mundo, ya que es el resultado de siglos de adaptación al entorno mediante el empleo de técnicas y medios sencillos y de gran eficacia. La vivienda alpujarreña responde a una tipología predominante: unifamiliar entre medianeras, adaptada al terreno mediante volúmenes escalonados con cubierta plana (García, 2006: 59). La técnica tradicional consiste en estructuras a base de muros de carga de lajas de pizarra y forjados a base de rollizos de madera, alfajías y lajas planas. Las cubiertas son planas, recubiertas con launa, y rematadas con aleros de pizarra (beriles) con castigaderas de piedra, aunque hay algunas excepciones en pueblos como Ohanes, Carataunas o Almegíjar, donde se emplean los aleros de teja.

Los tejados planos son uno de los elementos definitorios de la escena alpujarreña, no solo a nivel urbano, sino también a nivel paisajístico, ya que contribuyen a que el escalonamiento de los núcleos urbanos sea más evidente, consiguiendo una mayor integración de volúmenes en la ladera. Los conocidos como terraos, se construyen así desde época medieval y como respuesta a las demandas del clima a estas alturas: los tejados de tejas, además de más costosos, suponen un problema por los vientos y los fríos que acaban levantando el tejado, motivo por el cual se comenzó a emplear la launa como única cubierta, aprovechando su impermeabilidad; además de esta manera el tejado se convierte en un espacio aprovechable para secar ropa, alimentos, o incluso para realizar algunas labores domésticas. Por tanto la lógica que impera bajo el desarrollo de esta técnica constructiva no es otra que la funcionalidad. Sobre los terraos destacan las chimeneas de forma troncocónica rematadas con laja de pizarra y piedra de contrapeso, para evitar que el agua pueda colarse por ella.

Los huecos en fachada son otro de los elementos que más fuerza estética le otorga a la casa alpujarreña. Dependiendo de si la fachada da a una calle principal o si es fachada secundaria, los huecos son mayores o menores respectivamente, distribuyéndose por la pared de forma asimétrica y sin respetar un orden en cuanto a posición o dimensiones. Por lo general se trata de huecos de pequeño tamaño, propios de la vivienda árabe, que buscan sobre todo reservar la temperatura in-

terior de las viviendas, que poseen un importante efecto bioclimático. Pero además consiguen aportar intimidad en las viviendas, separando lo doméstico de lo público. Esta irregularidad de huecos en fachada también sucede con las puertas de entrada, que a menudo poseen dimensiones reducidas, o se encuentran a cierta altura del suelo de calle, siendo necesarios algunos escalones para salvar la altura. En cualquier caso esta irregularidad de los huecos en fachada es uno de los principales activos de la vivienda alpujarreña, diseñada para ser funcional.

En cuanto a las texturas y colores, la cal es el elemento definitorio por excelencia. Su empleo se debe a cuestiones prácticas, como que es un recurso fácil de obtener, barato, y duradero, ideal para las economías campesinas. Además aporta otras ventajas asociadas como el mantener la temperatura baja en las viviendas cuando el sol de la sierra castiga con fuerza. Sin embargo existe otra característica de la cal que tiene gran importancia, y es su capacidad para desinfectar el agua y hacerla apta para consumo humano y animal. El encalado de los pueblos año tras año, da lugar a formas redondeadas y orgánicas, eliminando las esquinas y salientes, y generando además una textura propia de la Alpujarra, muy llamativa y particular. Con el paso del tiempo el blanco se ha convertido en el color del pueblo alpujarreño, todo un icono de la presencia humana que destaca entre los verdes, marrones y amarillos del medio natural.

Este conjunto de técnicas arquitectónicas dan lugar a viviendas de una estética muy singular, que son uno de los elementos más llamativos de los pueblos alpujarreños. Algunos como Capilerrilla, Atalbéitar, Fondales o Ferreirola, son especialmente interesantes en cuanto a la arquitectura doméstica, debido a su grado de conservación. En ellos la vivienda se conserva prácticamente inalterada, a diferencia de otros pueblos como los del Barranco del Poqueira o los de las zonas más orientales del ámbito, que han adoptado algunas novedades arquitectónicas. En realidad esta cuestión de la introducción de elementos nuevos en la arquitectura vernácula tiene lugar en prácticamente toda la región. Los núcleos situados en la Alpujarra Baja y Media reciben las influencias culturales de la costa y Sierra de la Contraviesa, lo que tiene su reflejo en aspectos tan diversos como las fiestas, la gastronomía o los cultivos. También a nivel arquitectónico se detectan algunas modificaciones sobre el prototipo de vivienda tradicional. Igualmente sucede en los extremos oriental y occidental, siendo el centro de la región, es decir la Alpu-





jarra Alta, la que debido a su mayor aislamiento presenta una mejor conservación de la arquitectura vernácula tradicional, a excepción del Barranco del Poqueira, que debido a su apertura al turismo ha seguido una pauta algo diferente. En cualquier caso este hecho obliga a realizar una reflexión profunda sobre lo que se considera o no como arquitectura tradicional alpujarreña, y si ésta es unitaria y similar en toda la región; además hay que plantearse si ésta debe considerarse como un fósil a preservar intacto, o por el contrario, es necesario entenderla como un elemento dinámico sujeto a modificaciones. La arquitectura alpujarreña aún partiendo de los elementos básicos que aquí se han expuesto, presenta numerosos sincretismos según la región, aunque es cierto que existe un patrón básico compartido. La existencia de estas diferencias asociadas a las influencias culturales y a la ubicación de los pueblos, debe considerarse como un valor añadido, que enriquece aún más la arquitectura de la Alpujarra.

Además de las viviendas, existe otro tipo de construcciones, bien en ámbito urbano, bien en el rural, que tienen una función agrícola o ganadera, y que destacan por su fuerza estética y etnológica. Se trata de los corrales o establos, que pueden encontrarse ubicados en la parte trasera de las viviendas, o bien aislados, tanto dentro como fuera del núcleo urbano. Su estructura es sencilla, de acuerdo a los elementos ya mencionados (launa, lajas, rollizos) pero con un escaso nivel de complejidad, pues su función es ofrecer un espacio diáfano para albergar el ganado. Estos elementos tienen un valor importante como elementos cualificadores del paisaje, de un interés etnográfico destacado, que hacen que la actividad ganadera mantenga su presencia en los pueblos. Especialmente interesantes son diversas Corraleras existentes en el barranco de Ohanes.





## 7. Vías de comunicación

Además del establecimiento de castillos, alquerías y regadíos, el poblamiento de la Alpujarra ha requerido desde sus orígenes del desarrollo de vías de comunicación que permitieran el flujo de bienes y personas. Una cuestión tan obvia para la domesticación de cualquier territorio, se convierte en todo un reto humano cuando se trata de un medio de las características de la Alpujarra. La red de veredas y caminos posee un alto valor como elemento de ordenación del paisaje. Sin duda el desarrollo de núcleos de asentamiento ha estado condicionado por las posibilidades comunicativas del lugar, y éstas han dependido en buena medida por la topografía serrana. Los barrancos, los cerros, los ríos, etc. son elementos determinantes del paisaje, inamovibles, y que por tanto definen forzosamente por dónde debe trazarse un camino. No obstante en algunos casos el ingenio humano ha sido capaz de vencer las imposiciones topográficas mediante técnicas sencillas pero eficaces.

Además del valor territorial de la red de caminos tradicionales, cabe destacar su importancia como obra de ingeniería humana. La topografía tan accidentada de la Alpujarra, el enorme desnivel que existe en sus laderas o la presencia de accidentes geográficos de enormes dimensiones, han requerido de un gran esfuerzo humano para conseguir trazar caminos y veredas que conectaran las ayzas, y las posteriores tahas nazaríes. Actualmente y tras siglos de ocupación el resultado es una red principal de comunicación por carretera entre pueblos, que hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX eran caminos de herradura, y fuera de este circuito principal una red de innumerables caminos y veredas que hacen accesible los regadíos, los arroyos, las eras, los cortijos, y un sinfín de elementos antrópicos del paisaje.

Además, la red de caminos tradicionales ha sido de gran importancia para la actividad ganadera, ya que ha servido históricamente para guiar el pastoreo por la montaña. Los pequeños caminos y vías pecuarias han quedado indelebles en el paisaje y la memoria colectiva de pastores y agricultores, que han hecho uso de ellas para trasladar ganado y para carear las aguas a grandes altitudes en lugares a los que sería difícil acceder si no fuera por estos caminos. La ubicación de aljibes en los trazados de los caminos, no tiene otra función que servir de abastecimien-

to de los animales y pastores en su ascenso por la ladera.

La ubicación de pueblos, molinos, cortijos, etc. no es casual, y está muy relacionada con el trazado de los caminos. El origen de los mismos es difícil de datar, aunque existen datos indirectos que pueden ayudar a ubicarlos en un periodo concreto. Así por ejemplo el Camino Real de Mecina Bombarón, que era parte del Camino Real entre Granada y Almería, tuvo mucha importancia para el tránsito de viajeros y comerciantes, comunicando además la Contraviesa y la Costa granadina con la Alpujarra Media. Esto lo convierte en una de las vías de comunicación más importantes de la Alpujarra. Además conecta Mecina Bombarón con Yegen, para lo cual debe atravesar el Barranco del río Mecina. Allí se encuentra el Puente Romano, que hace posible cruzar el río. Se trata de un puente de piedra del lugar, cuya estructura indica un posible origen tardorromano que permitiría al mismo tiempo datar el propio camino real: sin duda éste existiría antes de la construcción del puente, que habría venido a satisfacer una necesidad de paso preexistente. Por tanto, este camino real, junto a otros de la región, es de los elementos antrópicos más antiguos de la Alpujarra, y sin duda su presencia ha marcado la existencia de otros elementos. A lo largo del camino se encuentran varios molinos de trigo, que se implantaron allí debido al tránsito de mercancías que el camino generaba.

Otro ejemplo significativo es el Camino Real de Trevélez, cuyo origen es incierto, aunque se menciona por primera vez, como ya antiguo, en el Libro de Apeo de Cástaras de 1574, lo que lo sitúa al menos en época medieval. Conecta Trevélez con el Barrio Alto de Cástaras, siendo una de las principales vías de conexión entre la Alpujarra Alta y la Media. A lo largo de su recorrido se encuentran numerosos cortijos y molinos. Asimismo, el Camino Viejo de Juviles y Tímar, que conecta ambos núcleos, tiene a lo largo de su recorrido numerosas eras y albercas, ya citadas en documentos históricos de 1589, lo que indica la existencia previa del camino.

Efectivamente los caminos tradicionales han sido responsables de la ubicación de los elementos del paisaje. Uno de estos elementos que en la Alpujarra tiene una importante presencia son los puentes. Debido a la orografía tan accidentada y a la existencia de barrancos y grandes cursos de agua que descienden hacia



los valles, los puentes han sido desde antaño una de las principales necesidades infraestructurales de la región. Su antigüedad en muchos casos parece remontarse a época tardorromana, como ocurre en el caso del Puente de Mecina Bombarón, o el Puente de Fondales, que, de ser de dicha época, demostrarían lo temprano de la preocupación por hacer transitable la Alpujarra. Más frecuentes son los puentes medievales como el Puente de la Tableta en Válor o el Puente de los Helechales de Busquístar, que demuestran que la preocupación continuó durante la ocupación árabe. A pesar de que no existen dataciones exactas de los puentes romanos, existen evidentes diferencias constructivas entre ambos casos que podrían indicar un origen distinto: el puente supuestamente romano, es de mayor tamaño y suele poseer un solo arco que descansa sobre pilares situados a ambos lados del barranco, mientras que el puente árabe es mucho más pequeño, y puede o no usar el arco.

Por último es necesario detenerse en un tipo de camino tradicional en la Alpujarra, de unos grandes valores etnológicos e históricos, debido a su especial adaptación a la orografía serrana. Se trata de las escarihueltas, caminos zigzagueantes que permiten salvar pendientes muy pronunciadas con el menor esfuerzo posible. Se trata de un tipo de camino de gran ingenio y sencillez, frecuente en la Cordillera Penibética, aunque también se han documentado en otros países como Perú. El término escarihuella está relacionado con otros como escaleruella, carihuella o carrigüela, y el estudio etimológico podría indicar que se trata de

elementos incluso anteriores al periodo romano. En cualquier caso se trata de elementos importantes para el paisaje, que lo cualifican estéticamente y además le aportan un valor antrópico destacado. Se trata de estrategias de adaptación al medio sensibles y acordes con él, que a veces pueden confundirse con elementos naturales.

En la Alpujarra existen varios casos de escarihueltas que son especialmente interesantes y espectaculares. La escarihuella de Ferreirola es una de las vías de comunicación más transitadas desde época medieval, que conectaba La Tahá con los Baños de Panjuila y articulaban la zona de la Alpujarra Media con la Alpujarra Baja y La Contraviesa. Se trata de un camino de tramos de tierra y empedrados, que salva la escarpada ladera izquierda del barranco del río Trevélez, posibilitando la ascensión de personas y animales. Su especial interés radica en que se encuentra asociada con la escarihuella de la Mezquita, que parte desde el antiguo asentamiento altomedieval de la Mezquita en Busquístar (1192 metros de altitud) y desciende hasta el río Trevélez, para conectar allí con la escarihuella de Ferreirola. De esta manera dos escarihueltas permitían salvar uno de los principales accidentes geográficos de la Alpujarra, como es el valle del río Trevélez. Esta vía era de una importancia capital ya que permitía el tránsito de mercancías entre la costa de Granada y la Alpujarra, y si no hubiera sido por las escarihueltas la ruta habría tenido que dar un gran rodeo (el mismo que, por cierto, da hoy en día la carretera).



## 8. Patrimonio Arqueológico

Además de las estrategias culturales que en la Alpujarra se han desarrollado a lo largo de la historia para lograr la supervivencia de las comunidades locales gracias al dominio de la montaña, y que siguen en uso en la actualidad, es necesario tener presente que en la región se han puesto en práctica otras muchas actividades que dejaron su impronta en el paisaje pero que cayeron en desuso por diversos motivos. Asimismo, innumerables asentamientos, cortijos, alquerías, etc. quedaron abandonados en el pasado, quedando de ellos sólo algunos restos que permiten saber que aquello ocurrió, y estimar en qué momento. En efecto, al conjunto de valores estéticos, etnológicos, históricos y ambientales que posee la Alpujarra, hay que sumarle el valor arqueológico, que refuerza aún más su carácter de paisaje cultural. Los restos arqueológicos vienen a completar el conjunto de elementos antrópicos que demuestran que la Alpujarra es el resultado de siglos de ocupación por distintos grupos culturales, cada uno de los cuales ha dejado su herencia tanto en el paisaje como en la cultura local. Si este carácter multicultural queda patente en los pueblos, las casas y los puentes de la Alpujarra, el patrimonio arqueológico refuerza este hecho, demostrando con pruebas físicas y objetivas cómo fue el pasado de la región.

La arquitectura defensiva es una de las tipologías más frecuentes dentro del conjunto arqueológico existente en la alpujarra. Esto está en relación con el pasado de la región durante los siglos VIII a XV, o incluso antes, ya que muchos de los castillos y elementos defensivos árabes reutilizaron restos de fortificaciones romanas preexistentes (Cara, 1992). Aunque anteriormente se ha defendido la importancia de los hisn o castillos en la configuración administrativa y en la ubicación de asentamientos humanos, además poseen una importancia como vestigios arqueológicos que debe ser tomada en cuenta. De todos los restos defensivos de la Alpujarra destacan algunos como el Pago de la Mezquita en Busquístar, un asentamiento

mozárabe de los pocos de Andalucía, y que además parece tener un carácter defensivo debido a los restos de una torre. O el Fuerte de Juviles que ha tenido un papel protagonista en las rebeliones alpujarreñas, desde la de Ibn Hafsun en el año 913, hasta la rebelión de los moriscos en 1568. Otros como el Castillo del Poqueira destacan por su función defensiva en relación a la taha del mismo nombre, y se ubica en una posición de un gran valor estratégico que le permite dominar el valle del río Poqueira y parte del Guadalfeo. Se encuentra a 1.140 metros de altura; de él solo quedan dos recintos, aunque los restos parecen indicar que tuvo cierta envergadura y contó incluso con un aljibe en las inmediaciones.

Otro tipo de restos arqueológicos hablan del pasado minero de la Alpujarra, una cuestión que si bien hoy solo pervive en el recuerdo, ha tenido una gran importancia socioeconómica e histórica, y que ha dejado una huella profunda en el paisaje serrano. Si bien la minería en la región se remonta a la época romana, como demuestra el yacimiento del Peñón Hundido de Tímar, los restos más abundantes pertenecen al siglo XIX, momento en que la actividad minera fue mucho más intensa en la zona. Durante la época árabe parece que la actividad minera cae en desuso, y solo se mantiene a pequeña escala:

“A pesar de la decadencia de la actividad minera durante la época musulmana, el aprovechamiento del plomo y del hierro continúa en la Alpujarra, aunque de una forma dispersa, rudimentaria y a pequeña escala. A comienzos del siglo XVIII se extraía cobre en Lanteira, Albuñol y Albodón, plomo en Turón, Órgiva y Motril, y minerales argentíferos en Capilería” (Bañuelos, 2010: 1)

En el siglo XIX la aprobación del Decreto de 3 de noviembre de 1817, que liberalizaba el laboreo y extracción del plomo, así como la Ley de Minas de 1825 que reconocía la libertad de explotación de los recursos mineros, abrió la puerta a una intensa aunque corta fiebre minera en la Alpujarra.

Entre ellas destacan las Minas del Conjuero en Busquístar, abandonadas en 1974, que estuvieron dedicadas a la extracción de hierro a cielo abierto, siendo uno de los puntos más importantes de la provincia de Granada. Está situada en el Cerro del Conjuero, y cuenta con un núcleo de extracción principal, un cargadero y restos de inmuebles de las zonas administrativas y habitacionales. Las Minas Rodríguez Acosta, se encuentran en Tímar, y han estado en funcionamiento hasta el año 1958. Eran propiedad de la familia granadina Rodríguez-Acosta, y actualmente conservan una chimenea de base circular y cuerpo cilíndrico, restos de estructuras de los hornos de destilación y la zona de lavadero. Otras como las Minas de Retama en Cástaras, dedicadas a la extracción del mercurio, aunque estuvieron en uso durante el siglo XX, podrían tener antecedentes de época romana, como indican algunos yacimientos de la época situados en sus inmediaciones

Estos y otros casos ponen de manifiesto la importancia que tuvo la minería en la Alpujarra desde antaño. El legado material de esta actividad productiva es abundante y ha logrado dejar una huella importante en el paisaje. Este tipo de elementos demuestran el enorme interés de la región, la complejidad de su historia y evolución socioeconómica, así como su potencial patrimonial.